

CATHERINE ISAAC

*Tú  
yo  
todo*

«Si te gustó *Yo antes de ti* de Jojo Moyes, *Tú, yo, todo* te enamorará.  
Una conmovedora historia que te romperá el corazón.»  
Clare Mackintosh



# Rocaeditorial

Tú, yo, todo

Catherine Isaac

Traducción de Laura Fernández

**TÚ, YO, TODO**

Catherine Isaac

UNA CONMOVEDORA NOVELA SOBRE LO LEJOS QUE  
PODEMOS LLEGAR PARA

DEFENDER AQUELLO QUE AMAMOS.

Cansada de que su novio Adam no dejara de mentirle, engañarle y de que no mostrara ningún tipo de interés en ser padre, Jess le echó de casa apenas unos meses después de haber dado a luz a su hijo William. Su madre le ayuda a cuidarlo, mientras Adam se traslada a Francia persiguiendo sus sueños y liberándose de cualquier compromiso con el niño que nunca quiso.

Diez años después, la madre de Jess se encuentra ingresada en una residencia, luchando contra una enfermedad que la está matando a sus cincuenta y tres años.

Allí es donde obliga a su hija a reconocer algo que nunca ha querido admitir: William necesita un padre en su vida. Así, en su primer viaje al extranjero en años, Jess y William, ahora con diez años, se disponen a pasar el verano en Château de Roussignol, en las ricas y soleadas colinas de la Dordoña. Allí se reencontrarán con Adam, y Jess deberá conseguir que este acepte y empiece a querer a su propio hijo. Sin embargo, lo peor no es que Adam esté lejos de implicarse en este juego, sino que Jess vive atormentada por un secreto terrible que nadie, y especialmente William, deberá descubrir.

## ACERCA DE LA AUTORA

**Catherine Isaac** nació en Liverpool, Inglaterra. Estudió historia en la Universidad de Liverpool y Periodismo en la Glasgow Caledonian University antes de comenzar su carre-

ra como reportera en el *Liverpool Echo*. Escribió su primera novela durante su baja por maternidad bajo el seudónimo de Jane Costello. Sus siguientes nueve novelas han sido todas best sellers del *Sunday Times*. *Tú, yo, todo* es la primera novela que publica como Catherine Isaac y próximamente será llevada a la gran pantalla. Vive en Liverpool con su marido y sus tres hijos.

[www.catherine-isaac.com](http://www.catherine-isaac.com)

## ACERCA DE LA OBRA

«Todo lo que necesitas de una lectura conmovedora, divertida y tierna. Una historia para celebrar el poder del amor y para sobreponerse a cualquier miedo.»

SUSAN WIGGS

«Qué lectura tan bella; te desgarrará el corazón.»

REA'S BOOK REVIEWS

Para mi familia

Prólogo

***Mánchester, Inglaterra, 2006***

A veces, la vida elige lo mejor y lo peor que tiene y te lo suelta todo el mismo

día.

Probablemente, muchas mujeres lleguen a esta conclusión durante el parto,

pero, en mi caso, no fue la combinación habitual de felicidad y dolor lo que me

condujo a ella. Fue porque, a pesar de que por fin iba a conocer al diminuto ser

humano con el que había compartido mi cuerpo durante nueve meses, también pasé esas agónicas ocho horas intentando encontrar a su padre llamándolo al móvil para arrancarlo de cualquiera que fuera el bar, el club o la mujer que lo retenía.

—¿Te has acordado de traer los papeles, Jessica? —me preguntó la

comadrona después de que hubiera llegado sola al hospital.

—Tengo los papeles. Lo que he perdido es a mi novio —  
contesté esbozando

una sonrisa cargada de frustración.

La mujer me miró por debajo de las pestañas mientras yo me apoyaba en el mostrador de la recepción de maternidad y esperaba a que se me pasara el abrasador dolor de barriga.

—Estoy segura de que llegará enseguida. —El sudor me resbalaba por la nuca

—. Le he dejado un par de mensajes. —Doce, para ser exactos—. Está en una reunión de trabajo. Supongo que no debe de tener cobertura.

En ese momento, una parte de mí seguía confiando en que aquello fuera

verdad. Siempre quise ver la parte buena de Adam, incluso cuando me topaba con alguna prueba clara de lo contrario.

—Antes aquí no entraba ningún hombre —me recordó—. Así que, si lo

tenemos que hacer sin papá, no tendremos ningún problema.

«Papá.» No podía negar la evidencia biológica, pero aplicado a Adam el título

parecía equivocado.

La comadrona tenía un reconfortante aspecto de matrona: tenía las piernas

recias, un pecho sobre el que se podía apoyar una maceta y un pelo que debía de ondularse con rizadores de espuma durante toda la noche. En su placa identificativa ponía que se llamaba Mary. Conocía a Mary desde hacía tres minutos y ya me caía estupendamente, cosa que era perfecta teniendo en cuenta que estaba a punto de examinarme la cérvix.

—Venga, preciosa; vamos a buscarte una habitación.

Hice ademán de coger la bolsa que me había ayudado a traer el taxista, pero

ella se me adelantó, la agarró del asa y se tambaleó de lo mucho que pesaba.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte? —preguntó sonriente, y yo me esforcé

cuanto pude por reírme hasta que me di cuenta de que tenía otra contracción.

Me detuve presa de una muda agonía y entorné los ojos, pero estaba decidida

a no ser ese tipo de mujer que aterroriza a todo el mundo gritando como una loca.

Cuando pasó el dolor, seguí despacio a Mary por el pasillo de luz tenue mientras sacaba el móvil para comprobar si tenía algún mensaje. Tenía una docena de ellos de mi madre y de Becky, mi mejor amiga, pero seguía sin noticias de Adam.

Se suponía que esto no tenía que pasar así.

No quería estar sola.

Me daba igual lo mucho que me hubiera preocupado nuestra relación los

últimos meses; en ese momento, habría hecho cualquier cosa para tenerle

conmigo, dándome la mano y diciéndome que todo iba a salir bien.

Había descubierto que estaba embarazada el día después de cumplir veintidós

años. Aunque no estaba planeado, me había pasado los nueve meses siguientes

convenciéndome de que iba a ser una madre segura. Y de pronto esa convicción

se me antojó muy frágil.

—¿Estás bien, querida? —preguntó Mary cuando llegamos a la puerta de la

sala de partos.

Asentí en silencio pese a la realidad: incluso en las capaces manos de aquella

mujer, me sentía sola, aterrada y convencida de que esa sensación continuaría hasta que Adam llegara para limpiarme el sudor de la frente y cogerme de la mano.

La sala era pequeña y funcional, con unas finas cortinas estampadas que le daban aspecto de hotel viejo. El cielo que se veía fuera era de color melaza, negro e impenetrable, y había una luna perlada escondida entre las sombras.

—Sube —dijo Mary dando una palmada en la cama.

Seguí sus instrucciones, me tumbé y abrí las piernas. Entonces dijo con

frialdad: «Entro». Fue justo antes de internar la mano por mis partes mientras yo

abría los ojos como platos y me olvidaba de respirar.

—Has dilatado cuatro centímetros. —Se irguió, sonrió y se quitó el guante de látex cuando yo empezaba a sentir otra contracción—. Estás de parto, Jessica.

—Qué emocionante —contesté, demasiado respetuosa para mencionar que su

anuncio no era muy sorprendente; hacía pocas horas que había bautizado el suelo

de la cocina con líquido amniótico.

—Lo mejor que puedes hacer es subirte a la pelota de dilatación y dejar que la

gravedad siga su curso. Voy a ver cómo está la paciente de al lado. Pero si necesitas cualquier cosa, no dudes en apretar el botón. ¿Hay alguien más que pueda venir a hacerte compañía? ¿Una amiga? ¿O tu madre?

Becky no vivía muy lejos, pero mamá siempre era la mejor elección, por muy

humillante que me resultara llamarla y decirle que Adam estaba en paradero desconocido.

—Mi madre está esperando. Si no tengo noticias de mi novio antes de las dos

de la mañana, vendrá ella.

—Perfecto —dijo, antes de dejarme sola con mi pelota saltarina deforme, un

iPod lleno de canciones de Jack Johnson y un respirador que no sabía manejar porque había olvidado preguntar cómo iba.

Llamé a mamá a las dos en punto. Llegó seis minutos después con unos

vaqueros ajustados, una blusa de lino suave y la fragancia del perfume Beautiful

de Estée Lauder en el cuello. Traía una bolsa de gimnasio enorme donde llevaba

su «kit de partos» de última hora. Consistía en una videocámara, una almohada

de plumas de ganso, un tubo de pasta de dientes, un puñado de uvas, dos fiambreras enormes con una surtido de pastelillos recién hechos, algunas toallas rosas y (no estoy de broma) un peluche.

—¿Cómo estás? —me preguntó nerviosa arrastrando una silla mientras se

ponía un mechón de su corto pelo rubio detrás de la oreja. Llevaba una capa de

maquillaje muy fina: tenía una piel preciosa y nunca había necesitado mucho; sus brillantes ojos azules eran muy luminosos.

—Bien. ¿Y tú?

—Estoy genial. En realidad, estoy encantada de estar aquí.

Iba dando golpecitos con el pie en la cama mientras hablaba: el sonido

metálico resonaba por toda la habitación. Mamá siempre había conservado la calma en las situaciones de crisis, pero últimamente yo había empezado a advertir sus tics nerviosos. Aquella noche, su pierna tenía vida propia.

—No puedes haber tardado seis minutos en llegar desde casa —señalé

tomando una bocanada de gas por primera vez, pero me dio un ataque de tos porque se me quedó alojado en la garganta.

—Llevo aparcada en el parking desde medianoche. No quería quedarme

atrapada en ninguna retención.

—Ojalá Adam hubiera sido igual de considerado —murmuré.

Le flaqueó la sonrisa.

—¿Has intentado volver a escribirle?

Asentí e intenté esconder lo molesta que estaba.

—Sí, pero está claro que tenía algo más importante que hacer que estar aquí.

Mi madre alargó la mano y me estrechó los dedos. No estaba acostumbrada a

escucharme hablar con resentimiento. Casi nunca me enfadaba de verdad con nadie o por nada, con la posible excepción de nuestra terrible conexión a Internet.

Pero aquella noche las cosas eran distintas.

—Le odio —dije resoplando.

Mi madre negó con la cabeza mientras me acariciaba los nudillos con las yemas de los dedos.

—No le odias.

—Mamá, tú no sabes ni la mitad de las cosas que han pasado últimamente.

Tenía mucho miedo de explicárselo, porque eso habría hecho explotar la

burbuja, la idea de que mi vida familiar con Adam nunca podría compararse con

la que me habían dado ella y mi padre. Siempre recordaba mi infancia como muy afortunada, segura y feliz, incluso a pesar de algunos momentos difíciles que ahora ya habían quedado atrás.

Soltó un suspiro.

—Bueno, no te alteres por eso ahora. Nunca recuperarás este momento.

¿Tienes hambre?

Abrió una de las fiambreras.

Conseguí esbozar una sonrisa.

—¿Lo dices en serio?

—¿No? —contestó, sorprendida—. Yo estaba hambrienta cuando te di a luz.

Me comí medio bizcocho de limón antes de romper aguas.

Mi madre era una compañera de parto estupenda. Me hacía reír entre

contracciones y me ayudó a mantener la calma hasta que todo parecía estar tan

descontrolado que no pude evitar ponerme a gritar.

—¿Por qué no te han dado algo para el dolor? —preguntó entre dientes.

—Les dije que no quería la epidural. He seguido un plan para tener un parto

natural. Y... he hecho yoga.

—Jess, estás intentando sacar a otro ser humano de tu vagina, creo que

necesitas algo más que algunos ejercicios de respiración y una vela.

Resultó que tenía razón. Cuando vomité por enésima vez, estaba

experimentando un dolor tan agudo que me habría fumado una pipa de crac si me la hubieran ofrecido. Un sol mudo empezó a asomar borroso por la ventana y una comadrona distinta (quien probablemente se había presentado mientras yo tenía la cabeza en otras cosas) entró a examinarme.

—Lo siento, cariño, ya estás demasiado dilatada para la epidural. Te puedo poner una inyección de petidina si quieres, pero tu bebé nacerá muy pronto.

Empezaron a temblarme las piernas de forma descontrolada, el dolor me

entrecortaba la respiración, me robaba la capacidad para hablar como es debido

o para pensar racionalmente.

—Solo quiero que venga Adam. Mamá..., por favor.

Mi madre empezó a pelearse con el teléfono para llamar a su número. Pero se

le cayó el auricular y maldijo su torpeza mientras se agachaba para perseguirlo

por el suelo como si fuera una pastilla de jabón resbalando por la bañera.

Lo que ocurrió después no lo recuerdo con mucha claridad porque no estaba

pensando en llamadas telefónicas ni en la aguja que me clavaron en el muslo; estaba asombrada de la terrible y milagrosa fuerza de mi cuerpo.

Mi bebé llegó al mundo aproximadamente un minuto y tres empujones

después de que me administraran la petidina.

Era una cosita asombrosa, mi niño, con las piernecitas gordas y cara de sorpresa. Parpadeó y estiró su carita arrugada cuando la comadrona me lo puso entre los brazos.

—Oh, Dios mío —jadeó mamá—. Es...

—Precioso —susurré.